

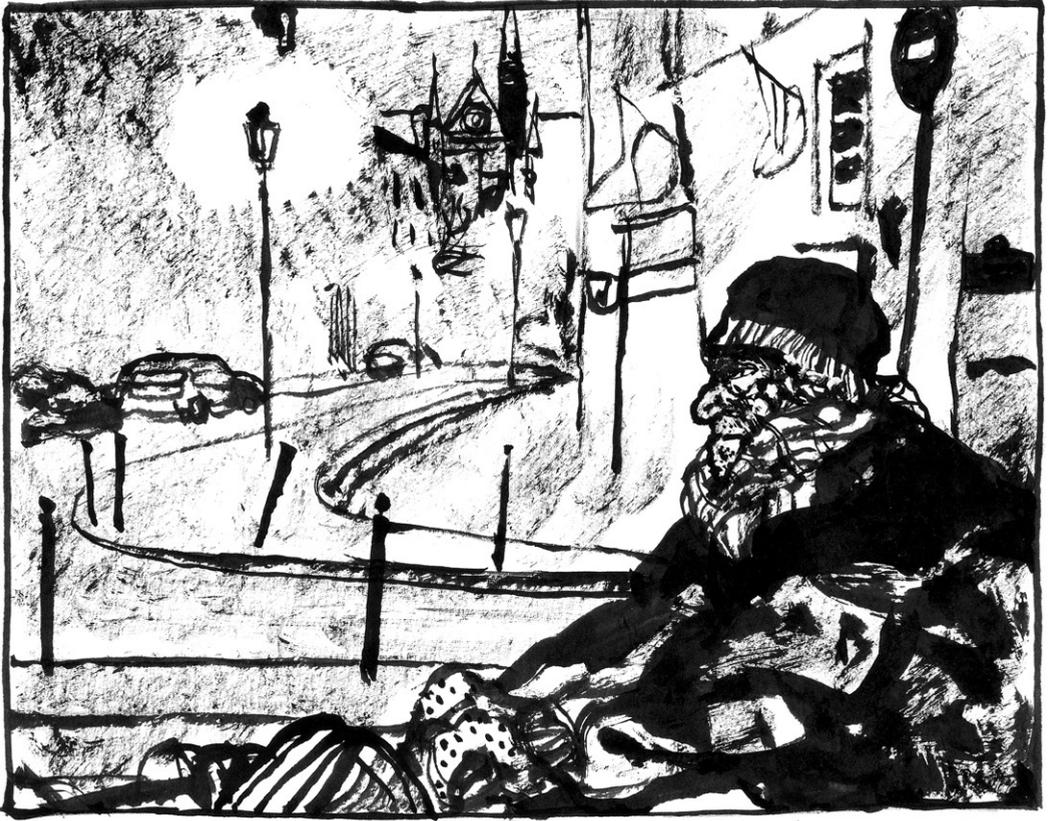


EL VENDEDOR DE ESTROPAJOS

FRED VARGAS

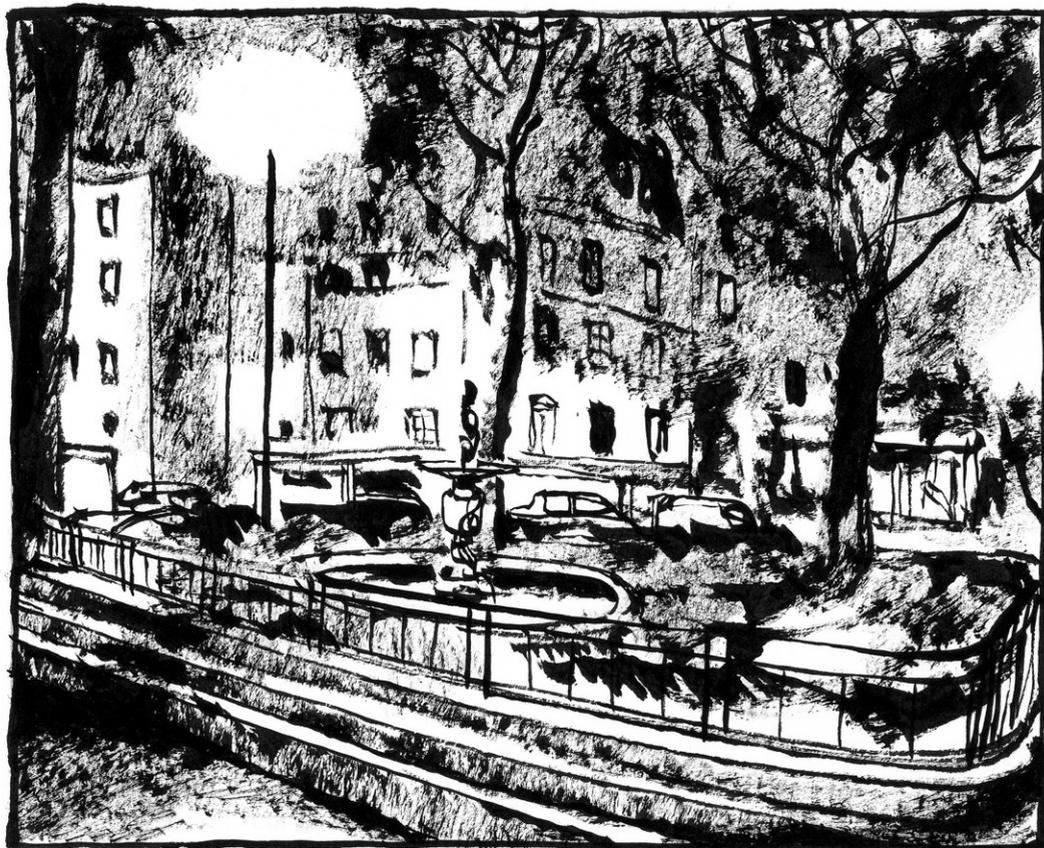
EDMOND BAUDOIN

ASTIBERRI



Se acabó, ya no iba a vender ninguno más aquella noche. Demasiado frío, demasiado tarde, eran casi las once en la plaza Maubert. Aquel jodido carrito de supermercado no era ninguna máquina de precisión. Se necesitaba toda la fuerza de las muñecas para que anduviese recto. Era terco como un asno, se torcía hacia un lado, no se dejaba hacer. Había que hablarle, gritarle, empujarle. Pero al igual que el asno, permitía acarrear bastante mercancía. Tozudo pero leal. Puso al carrito el mismo nombre que tenía un asno del pueblo de su infancia, Martín.

El hombre apareó el carro junto al poste y lo ató con una cadena a la que había anudado una gran campana. Para ahuyentar al cabrón que se le ocurriese robarle la mercancía de estropajos mientras él dormía.



Había vendido cinco estropajos en todo el día, era el fin del mundo. Cinco euros, más ocho de ayer. Se tumbó en la rejilla de la ventilación del metro envuelto en un saco, bien envuelto. Nunca se le hubiera pasado por la cabeza dejar solo a Martín afuera. Tener un animal es muy sacrificado.



El hombre se preguntó si su tatarabuelo, cuando iba a la ciudad con el asno, tendría que dormir cerca del animal.



El hombre recordó enseguida que no tenía tatarabuelo, pero después pensó que eso no era motivo para dejar de pensarlo.

¿Qué mercancía llevaría su tatarabuelo en el asno?

Su Martin transportaba estropajos, miles. Cuando descubrió aquella mina de estropajos abandonados en una nave de Charenton, creyó que estaba salvado. 9732 estropajos vegetales, los había contado. Era bueno con los números, era algo de nacimiento.



Un euro por cada estropajo vendido, 9732 euros en total.

Hacía cuatro meses que acarrearba los estropajos desde el hangar de Charenton hasta París. Cuatro meses que empujaba a Martin por todas las calles de la capital, para vender exactamente 512.



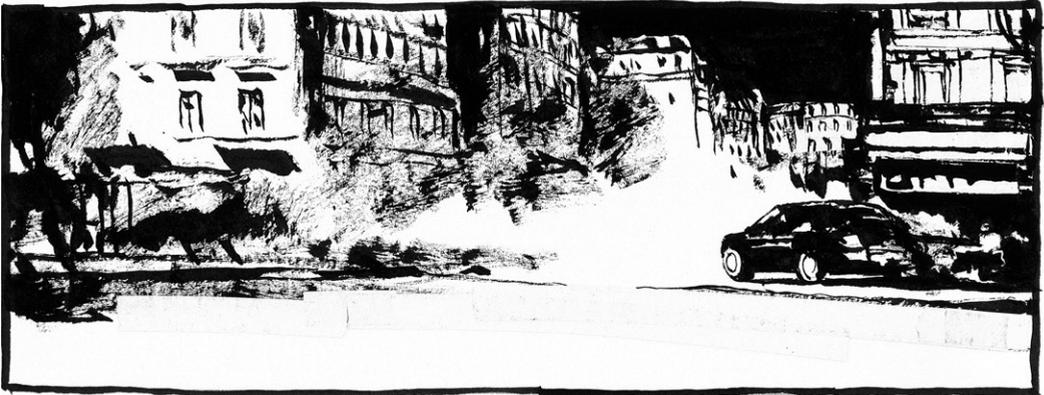
Pero a nadie le importaban una mierda sus estropajos.



El hombre calculaba el porcentaje de posibles compradores de estropajos parisinos. Un taxi se paró a su altura, salió un abrigo de pelo blanco.







El vendedor de estropajos se había pegado lo más que pudo a la rejilla de ventilación del metro. Un viejo montón de harapos abandonado al frío, eso era lo que el asesino había visto en él, eso contando que le hubiera visto.

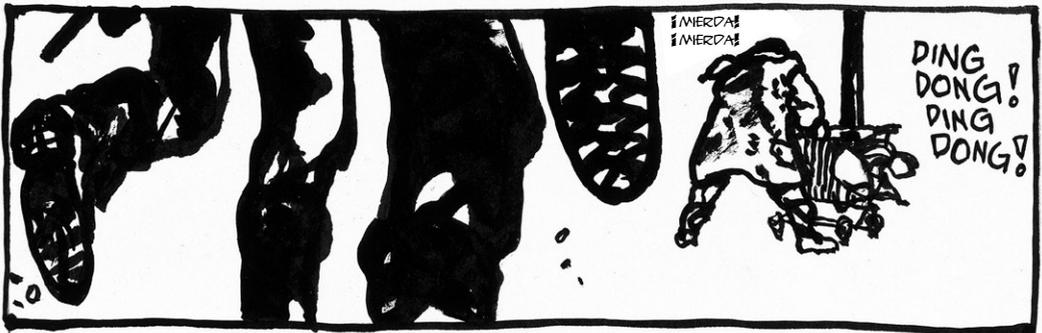
Por una vez, esa transparencia atroz de los sin techo le había salvado el pellejo.



Se acercó a la mujer, se inclinó sobre ella.



Se arrodilló y recogió el bolso, lo abrió. Se iluminaron algunas ventanas. Tiró el bolso y corrió hacia el carrito. La poli estaría a punto de llegar. Inspeccionó febrilmente sus bolsillos en busca de la llave del candado.



En la siguiente media hora, el hombre tuvo la impresión de estar entre dos aguas. Por un lado era alguien importante, el único testigo del asesinato. Por otro, no era más que un viejo montón de harapos recalcitrante al que se podía sacudir y amenazar.



Habían colocado el carrito en el patio de la comisaría, entre dos coches grandes, bajo la mirada inquieta de su propietario.



Los teléfonos no habían parado de sonar. Había prisas, advertencias, órdenes. Toda esa agitación por el asesinato de una mujer con abrigo de piel.

Seguro que si hubiera sido Monique, no habría diez polis corriendo de un despacho a otro como si el país se fuera a pique. Habían despertado a la mitad de la ciudad por aquella mujercita que no había cogido un estropajo en su vida.



El poli se presentó como comisario jefe Jean-Baptiste Adamsberg. Se había ido no muy lejos, detrás. Ahora estaba de nuevo frente a él.

El poli le miraba como si intentase adivinar toda su vida sin preguntarle nada.



¿ESTABA DORMIDO?
¿CUANDO SUCEDIERON LOS HECHOS, ESTABA DORMIDO?



ME IBA A DORMIR, PERO SIEMPRE HAY ALGO QUE MOLESTA.



TOUSSAINT,* PI. ASÍ SE LLAMA, ¿"PI"?

MI NOMBRE SE DISOLVIÓ EN UNA MANCHA DE CAFÉ. ES TODO LO QUE QUEDÓ.



EL DÍA DE TODOS LOS SANTOS, MI MADRE ME LLEVÓ AL ORFANATO. ME INSCRIBÍ EN EL REGISTRO. ALGUIEN ME COGIÓ EN BRAZOS. OTRO APOYÓ LA TAZA DE CAFÉ EN EL LIBRO DE REGISTRO. Y MI NOMBRE SE DISOLVIÓ EN LA MANCHA DE CAFÉ, SÓLO QUEDARON DOS LETRAS.

PERO "SEXO MASCULINO"
NO SE BORRÓ.

TUVE
SUERTE.

* LA TOUSSAINT: DÍA DE TODOS LOS SANTOS EN FRANCÉS.



DEBÍA SER "PIERRE".

SÓLO HABÍA ESCRITO "PI".
A LO MEJOR MI MADRE
ESCRIBIÓ "PI".

BUENO, "PI".

¿HACE MUCHO
QUE DUERME
AL RASO?

ANTES
ERA
VENDEDOR DE CUCHILLOS. IBA DE
CIUDAD EN CIUDAD. DESPUÉS VENDÍ
LONAS, BOMBAS DE AIRE PARA BICI,
CALCETINES DE HILO. CON CUARENTA Y
NUEVE AÑOS ME ENCONTRÉ EN LA
CALLE CON UN STOCK DE RELOJES IMPERMEABLES
EMPAPADOS DE AGUA.

HACE DIEZ INVIERNOS.

MENDO FOLLÓN,
¿NO?

UN FOLLÓN QUE NO
SE PUEDE NI IMAGI-
NAR. DEPENDE DE
USTED, TODO DEPENDE DE LO QUE NOS CUENTE.

¿SE MONTARÍA UN FOLLÓN
ASÍ SI HUBIERA SIDO
MONIQUE?

¿QUIÉN ES
MONIQUE?



¡MONIQUE!
ES LA SEÑORA DEL KIOSCO.
ME DEJA LEER LAS NOTICIAS.

CADA MAÑANA, A CONDICIÓN
DE QUE NO ABRA DEL TODO EL
PERIÓDICO. LO QUE HACE QUE
SÓLO VEA DEL MUNDO UNA MITAD
LONGITUDINAL, SIN ADENTRARME
NUNCA EN SU INTERIOR.



TIENE USTED
RAZÓN.



SI HUBIERA SIDO MONIQUE, NO HUBIERA
SIDO EL MISMO TIPO DE FOLLÓN. SERÍA UN
FOLLÓN DE LO MÁS DISCRETO.

POR MONIQUE HUBIÉRAMOS HECHO UNA PEQUEÑA INVESTIGACIÓN. NO UNA CON DOSCIENTOS TIPOS PENDIENTES DE SABER LO QUE USTED VIO.

ELLA NO ME VIO.

¿ELLA?

LA MUJER DEL ABRIGO DE PIEL. ME ESQUIVÓ COMO SI FUERA UN MONTÓN DE MIERDA. ¿POR QUÉ IBA YO A FIJARME EN ELLA? OJO POR OJO.

¿USTED NO LA VIO?

SÓLO VI UN MONTÓN DE PELO BLANCO.

HAY HUELLAS SUYAS EN EL BOLSO DE LA DEL PELO BLANCO.

NO HE COGIDO NADA.

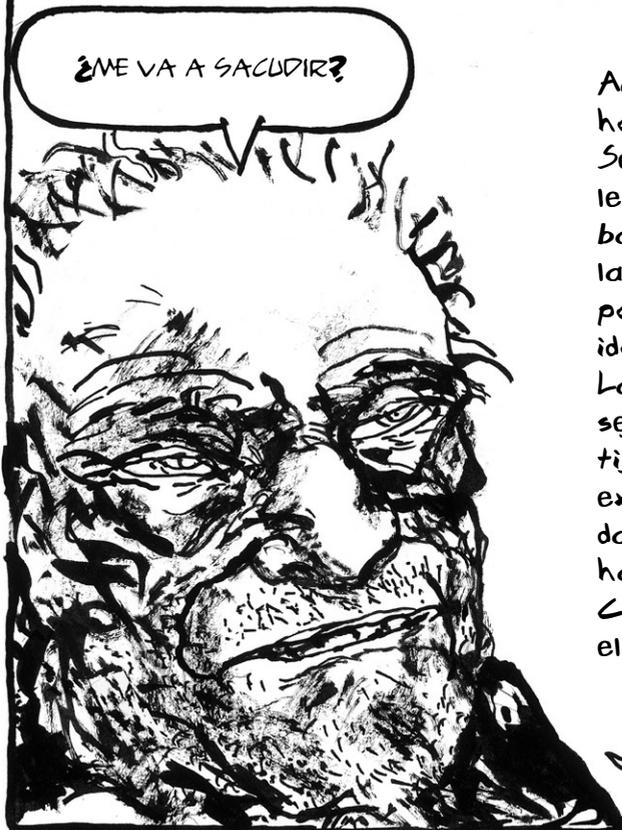
PERO SE ACERCÓ A ELLA DESPUÉS DE LOS DISPAROS. FUE A MIRAR.

¿Y QUÉ? ELLA SE BAJÓ DE UN TAXI. AL ESQUIVAR EL MONTÓN DE MIERDA, UN TIPO LLEGÓ EN COCHE Y DISPARÓ TRES VECES SOBRE EL MONTÓN DE PELO BLANCO, PUNTO. NO HE VISTO NADA MÁS.

Adamsberg se levantó, caminó por el despacho.



TÚ NO TIENES NINGÚN MOTIVO PARA HACERLO. TÚ NO RINDES PORQUE NO QUIERES CONTAR NADA.



Adamsberg levantó los hombros.
Se apoyó en la pared, le miró. El tipo estaba bastante desmejorado por la necesidad, por el frío y por el vino que le habían ido modelando el rostro. La barba, medio pelirroja, seguramente recortada con tijeras. Unos ojos azules, expresivos y rápidos, que daban a Adamsberg ganas de hablar un buen rato con él. Como dos viejos amigos en el vagón de un tren.

¿SE PUEDE FUMAR?

Adamsberg descartó cualquier tipo de prohibición; haciendo un gesto con la mano, asintió. Pi sacó un cigarrillo del bolsillo de su chaqueta.

ESA HISTORIA TUYA DEL MONTÓN DE MIERDA Y DEL MONTÓN DE PELO ES PATÉTICA. ¿QUIERES QUE TE CUENTE LO QUE HAY DEBAJO DE ESOS ANDRAJOS Y DE ESOS PELOS?

HAY UN TIPO MUGRIENTO QUE VENDE ESTROPAJOS Y UNA MUJER MUY LIMPIA QUE NO HA COMPRADO NINGUNO EN SU VIDA.

HAY UN HOMBRE QUE ESTÁ EN UN LÍO Y SABE UN MONTÓN DE COSAS, Y UNA MUJER QUE ESTÁ MÁS ALLÍ QUE AQUÍ CON TRES BALAS EN EL CUERPO.

¿NO ESTÁ MUERTA?

NO. PERO SI NO COGEMOS AL ASESINO, LO VOLVERÁ A INTENTAR.

¿POR QUÉ? SI HUBIERAN ATACADO A MONIQUE, NO LO VOLVERÍAN A INTENTAR AL DÍA SIGUIENTE.

YA SABEMOS QUE NO ES MONIQUE.

